

El Eco de Cartagena.

Año XXVII.

DIARIO DE LA NOCHE.

Núm. 7785.

PRECIOS DE SUSCRICION.

CARTAGENA.—Un mes, 2 pesetas; tres meses, 6 id.—PROVINCIALES, tres meses, 7'50 id.—EXTRANJERO, tres meses, 11'25 id.—La suscripción empezará á contarse desde 1.º y 16 de cada mes.—Corresponsales en París para anuncios y reclamos, Mr. A. LOUETTE, rue Caumartin, 61.—JOHN F. JONES 3, bis rue du Faubourg-Montmartre.—En Londres, 166 Fleet Street E. C.

CONDICIONES.

El pago será siempre adelantado y en metálico ó letras de fácil cobro. La Redacción no responde de los anuncios, remitidos y comunicados, conserva el derecho de no publicar lo que recibe, salvo el caso de obtención legal.—Administrador.—D. EMILIO GARRIDO LÓPEZ.
Números sueltos 15 céntimos.

LAS SUSCRICIONES Y ANUNCIOS SE RECIBEN EXCLUSIVAMENTE EN LA REDACCION Y ADMINISTRACION, MEDIERAS. 4.

SÁBADO 29 DE OCTUBRE DE 1887.

ECOS DE MADRID

27 de Octubre de 1887.

Era de esperar! La mayor parte de los extranjeros que nos han favorecido en la primera quincena de Octubre, se han llevado recuerdos españoles.

—Yo llevo una guitarra! decía uno.

—Yo unas castañuelas! añadió otro

—Yo una pandereta.

—Yo un par de banderillas!

—Pues yo me llevo lo más característico....

—Y que es?

—Navajas de Albacete de todos los tamaños y figuras, desde la de puñal hasta la de lengua de vaca.

—Es verdad! exclamaron los circunstantes, envidiando la colección que les mostró el avisado extranjero

Y esas tan pequeñitas y tan monas?

—Son para los niños.... Además vean ustedes éstas de marfil Soy soltero, pero la guardaré y cuando me case haré que mi mujer la lleve en la liga.

—Para qué!

—Para que huyan los cazadores furtivos.

Total: que la calle de Toledo ha tenido que pedir á escape nuevas remesas de mouda dientes.

Tristes recuerdos son los que van á tener de nosotros. La navaja, las juer-gas!

—Sin ir más lejos, al Archiduque Carlos, le han ofrecido este espectáculo, producto á un tiempo de la poesía, de la pereza y de la manzanilla.

Resueltamente todos los que están de mal humor, todos los que se aburren en el extranjero y tengan medios, van á venirse á España á divertirse.

Para ellos vivimos en continua opereta.

Ellos no saben como nosotros que cuando el español canta...

Y también la española.

La otra noche una cantora por lo flamenco y otra de la misma especie, entre una *soleá* y un *tango*, se fueron no á las manos si no á los dientes, puesto que después de una corta lucha, una de las dos se quedó con medio labio de su compañera.

A pesar de lo cual, los circunstantes no fueron á correr.

—En todo caso, se dirían, iremos á París á que nos inocule Mr. Pasteur.

Yo no sé cuanto vale un carrete de hilo, pero supongo que no debe ser un precio exorbitante.

Sin embargo á una joven costurera, es posible que á estas horas le haya costado la vida.

Cuentan que á un vendedor ambulante

le pidió fiado hace algún tiempo un carrete de hilo; añaden que se olvidó de pagarlo y anteayer se encontraron acreedor y deudora.

Lo que pasó entre los dos, ellos lo sabrán. Lo que supo la gente es que la joven lanzó un grito y cayó bañada en sangre.

El agresor fué detenido.

Hay quien supone que había entre los dos algo más que un carrete... Declaro que esta vez, yo no puedo sacar por el hilo el ovillo.

Me limito á lamentar que muchas gentes no sepan hablar más que con lenguas de vaca.

El drama del Matadero ha tenido funesto desenlace. El herido ha muerto. Y á todas horas dicen los sacerdotes:

—Paz á los hombres de buena voluntad.

Se conoce que la buena voluntad anda escasa.

Es conmovedor lo que cuenta un periódico de Málaga.

Hace años que á un caballero le robaron 2500 rs.; y no sospechando más que del criado que le servía, éste á pesar de sus protestas fué condenado.

Recientemente se presentó un capellán al caballero y le entregó la cantidad escamoteada, en nombre de un pecador arrepentido que no era el doméstico.

Se han apresurado á poner en libertad al inocente.

—Yo le indemnizaba, tomándole de nuevo á mi servicio y colmándole de atenciones, decía anoche un buen señor comentando la noticia.

—Pues yo nó, contestó un hombre práctico.

—¿Porqué?

—Porque habiendo estado en presidio debe saber mas que antes.

La verdad es que muchas veces pagan justos por pecadores.

Cuando no son listos.

La posada del Peine debía pagar una crecida multa á la Hacienda y se la han perdonado.

—Ya sé porqué ha sido eso! exclama uno.

—¿Porqué?

—Porque es del Peine.

Menudea estos días la persecución de los jugadores.

Van de sorpresa en sorpresa.

Tan pronto les sorprenden la carta contraria, como la policía

Y lo que ellos dicen:

—Porque nos perseguirán, cuando al fin y al cabo no somos más que puntos.

La autoridad no se opone, pero quiere que sean puntos suspensivos.

Las comas deben estar desesperadas.

Y eso que está gustando con razón en el Teatro de la Comedia la preciosísima de Miguel Echegaray: *Meterse á redentor*

Por lo visto la cruz cuesta cara!
Julio Nombela.

Variedades.

EL JUICIO DE DIOS!

ROMANCE HISTORICO

ROMANCE SEGUNDO La Emperatriz.

I.

Con dos luceros por ojos,
con rayos del sol por trenzas,
y con una tez más blanca
que el jazmin y la azucena;

la Emperatriz de Alemania
era la dama más bella,
que entónces vieron los bardos
errantes de la Provenza.

Muy pocas veces, ninguna!
cintó la imperial diadema,
dama de virtud más alta
ni más hermosa.

Preclaro ir-génio lucía
siempre en su plática amena,
y era, según los encantos
que le dió naturaleza,

como el clavel orgulloso,
como las palmas esbelta,
como la flor del granado
altiva, imponente y régia

Y era de nácar su frente,
y eran sus ojos turquesas,
y eran corales sus labios
y eran sus dientes de perlas.

II

Prisionera en alta torre,
sumida en mortal tristeza
y al fulgor trémulo y vago
de lámpara macilenta,

la apenada Emperatriz,
llorando á sus solas piensa
en el horrible infortunio
que la oprime y que la cerca.

Acusada de adulterio,
vencida por falsas pruebas,
cegado el Emperador
por falaces apariencias,

aunque ella al juicio de Dios
apeló altiva y resuelta,
y aunque el ofendido esposo
en un rapto de clemencia,

consintió en la horrible ordalia,
dando á su venganza tregua,
al rayar la luz del día
el empíazamiento cesa,

y la afrentada Matilde,
entre lamas prisionera,

y sintiendo en sus mejillas
el rubor y la vergüenza,

será conducida al campo
donde el juicio lugar tenga,
donde el valiente Rodolfo
de Turingia alza su tienda,

y donde el feroz verdugo
hacina montes de leña,
cuya horrible llamarada
cumplir debe la sentencia.

III

De la prisión de Matilde
cruje la herrada poterna,
dando paso á un caballero
de estatura gigantesca.

En la blanca sobrevesta
bordado el escudo lleva
de los Turingias, y ahada
de su casco la visera.

Y al contemplar á Matilde,
en sus ojos centellea
fuego oculto, que también
sus mejillas abarboja.

—«Rodolfo! la Emperatriz
gritó, irguendo soberbia,
y en él fijando sus ojos
de la imperial diadema»

«¿Aquí vos? ¿A qué venís?
Aunque humilde prisionera,
hija soy de un rey, y esposa
de un emperador! ¿Quién llega

á mí sin que su rodilla
no doble el respeto en tierra,
y sin que antes no demande
permiso para la audiencia?»

—«Perdonadme! —el de Turingia
contestó.—No pide venia,
quien esperanzas conduce
y trae venturosas nuevas.

Hasta hoy ningún caballero
amparó la causa vuestra,
desde hoy, contra mí, tenéis
un paladín que os defienda;»

y acercándose á la dama
dobló su rodilla izquierda,
y extendiendo hácia Matilde
respetoso su diestra,

le presentó de un guantelete,
envuelto en paños de seda,
los anillos acerados,
las flexibles mallas negras.

—«Tomad,—continuó,—retándome,
desde Cataluña llega.
Vuestro heraldo favorito
ayer lo arrojó en mi tienda»

IV

Quedó la Emperatriz
ante Rodolfo suspensa,
y cojiendo el guantelete,
dando á la esperada rienda,

aproximó á sus ojos,
y comenzó á darle vueltas,